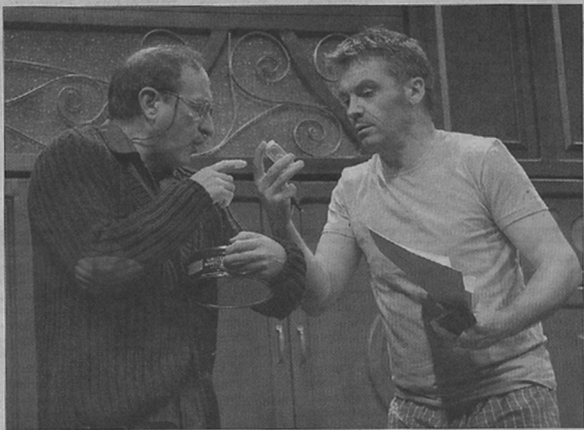


LA MADURA SONRISA DE LA DEPENDENT

XIMO LLORENS

La última producción de la compañía de teatro La Dependent, *El somriure de Maureen O'Hara*, es, quizás, el producto mejor acabado del grupo alcoyano desde que se inició la colaboración con el dramaturgo valenciano Pasqual Alapont. Ya llevan mucha legión en el cuerpo, y ante la eventualidad, no exenta de riesgo, de montar en escena una propuesta a merced de los peligros de la reiteración —lo que quisimos ser y no somos, la frustración personal como 'leiv motiv' de la existencia, las eternas preguntas de quién soy, de dónde vengo y adónde voy, lo que pudo ser y no ha sido, etcétera, etcétera, etcétera— en este espectáculo de en-

comiable factura desde todos los puntos de vista sucede justamente lo contrario: *El somriure de Maureen O'Hara* es el resultado de la madurez del grupo, una especie de doctorado de la compañía teatral alcoyana y también del escritor que les ha arado el terreno en el que cultivar su teatro desde hace ya muchos años. En este espectáculo servido como un pastel con corazón de almendra amarga, cuando no de hiel, se repiten todos los ingredientes que han venido caracterizando al teatro de La Dependent: los seres humanos expuestos siempre sin protección a la intemperie cruel de sí mismos y de las circunstancias que los envuelven, sin que se vislumbre ni cerca ni lejos un final feliz que siempre pretenden y nunca alcanzan. *El somriure de Maureen*



JUAN GARCÍA

O'Hara no es más de lo mismo, sino la excelencia cristalizada en este montaje de todo lo que han venido haciendo los integrantes de La Dependent a lo largo de muchos años.

Salvo los ajustes propios de la necesaria carpintería que todo producto escénico requiere, el goce para el espectador ya está servido: al personaje de Joan Gadea te lo llevarías a casa para acunarlo, de tan adorable; la escena de

la peluquería rezuma electricidad por los cuatro costados merced a las interpretaciones como relámpagos de Pepa Miralles y Amparo Oltra, el atormentado Rafa, interpretado por Pep Sellés pasea su desconcierto vital por el escenario para acabar en una borrachera anestésica codo con codo con 'cuinaesència.com', una borrachera con regusto a desesperanza, y todo eso, en una sucesión de escenas donde lo irreal

sucede a lo real sin chirridos molestos porque la partitura del concierto está bien escrita, puesto en orden todo por la batuta, tan madura como todo lo demás, de Gemma Miralles en uno de sus mejores trabajos. El final, un tanto indefinido y oscuro puede esclarecerse, sin duda, pero por contra, Gadea y Miralles protagonizan una escena a la que no le cabe más hermosura y poesía. No se la pierdan.